

En este número

Una fuerza transformadora, impulsada desde abajo, emergió el 6 de julio de 1988 y alteró las coordenadas políticas establecidas. Ninguna formación estaba preparada para resistir ni para encauzar esa potencia, que rebasó por igual pero con efectos distintos al PRI y a los partidos de la oposición. Puso en crisis de inmediato al sistema electoral; golpeó al régimen presidencialista y al aparato corporativo; orilló a que se exhibieran, con escarnio o ridículo, los diferentes sostenedores del orden (del presidente para abajo); dejó la credibilidad gubernamental en casi cero, con la realización del fraude ante los ojos de todo el que quisiera verlo; deshizo el mito de la supremacía de los medios masivos de comunicación, su supuestamente infinita capacidad de manipulación de las conciencias; mostró los puntos débiles —políticos y organizativos— de la coalición de centro-izquierda formada alrededor de Cuauhtémoc Cárdenas; dejó maltrechas una gran variedad de posiciones ideológicas y programáticas previas, especialmente de la izquierda; destrozó el espantajo del bipartidismo y puso en claro que el crecimiento electoral experimentado por el PAN en los últimos años ha sido relativamente escaso, regionalmente localizado y orgánicamente débil; mostró al PRI como lo que realmente es: un partido de Estado, o más exactamente: una prolongación anómala del poder presidencial; modificó la correlación de fuerzas y comenzó a revertir las condiciones defensivas en que venían peleando las clases subordinadas; elevó, en fin, al rango de tarea nacional y objetivo de un posible movimiento histórico la consecución de la democracia política.

Era razonable esperar que un sacudimiento tan fuerte y vasto de la realidad político-social provocaría repercusiones ulteriores. Entre las más importantes hay que contar: primero, el proceso de construcción, por primera vez en nuestra historia, de un verdadero partido político que nace como consecuencia de la voluntad colectiva que se expresó en las urnas como rechazo mayoritario al PRI y a las formas actuales del ejercicio del poder; segundo, la reanimación del movimiento social en las nuevas condiciones creadas por la derrota electoral del PRI; tercero, el desarrollo de pugnas, ajustes de cuentas, etcétera, en el seno del aparato priísta.

Pero el 6 de julio, también, abrió la posibilidad y señaló la urgencia de un amplio debate de ideas. Para las distintas corrientes de izquierda —cuyas certidumbres, diagnósticos y proyectos se derrumbaron y fueron irresistiblemente atraídas en su mayoría hacia la coalición cardenista— ésa es una necesidad insoslayable. Y sin embargo en ello se ha avanzado poco. Porque lo que se requiere, según creo, es organizar el debate para orientarlo a la definición de un nuevo proyecto nacional para todos los mexicanos, irremisiblemente opuesto al proyecto devastador y excluyente de la modernización capitalista que impulsa el régimen actual. Como los liberales al despuntar la segunda mitad del siglo XIX, hoy nos enfrentamos a la necesidad de construir un nuevo proyecto histórico. Para ello es preciso discutir.

A partir de esta entrega iremos publicando en *Cuadernos Políticos* materiales para esta discusión.

— Rubén Jiménez Ricárdez